

HOMENAJE A
VÍCTOR L. URQUIDI

Organizado por la
Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas

El Colegio de México, 29 de junio de 2004

923.70972
U79h



EL COLEGIO DE MÉXICO

521412

orig.

Fecha de Vencimiento

~~BIBLIOTECA DANIEL COSIO VILLEGAS~~

HOMENAJE A VÍCTOR L. URQUIDI



aps

ASOCIACIÓN DE ACADÉMICOS DANIEL COSÍO VILLEGAS

HOMENAJE A
VÍCTOR L. URQUIDI

Organizado por la
Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas

El Colegio de México, 29 de junio de 2004



EL COLEGIO DE MÉXICO

123.70972
U79h

330.1
H7658

Homenaje a Víctor L. Urquidi / organizado por la Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas, El Colegio de México, 29 de junio de 2004 -- 1a. ed. -- México, D.F. : El Colegio de México, 2004.
62 p. ; 21 cm.

ISBN 968-12-1156-1

I. Urquidi, Víctor L., 1919- -- Homenajes.
I. Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas (México).

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

International License:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Primera edición, 2004

DR © EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D.F.
www.colmex.mx

ISBN 968-12-1156-1

Impreso en México

60-60-50-09
gnd

ÍNDICE

Palabras iniciales • 9

José Romero

Reconocimiento a Víctor Urquidi • 13

Andrés Lira

Víctor Urquidi, una semblanza • 17

Josefina Zoraida Vázquez

Palabras en el homenaje a Víctor L. Urquidi • 23

Joseph Hodara

Víctor Urquidi y la reforma fiscal • 27

Samuel I. del Villar

Víctor Urquidi, el profesor • 35

Lorenzo Meyer

Víctor L. Urquidi, científico social visionario • 39

Gustavo Garza

Don Víctor Urquidi y el Programa Interdisciplinario

de Estudios de la Mujer • 45

Elena Urrutia

Don Víctor Urquidi • 51

José Luis Reyna

Palabras de reconocimiento a don Víctor Urquidi • 55

Claudio Stern

Mi trabajo diario con el señor Urquidi • 61

Graciela Salazar

PALABRAS INICIALES

José Romero

A nombre de la Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas les doy a ustedes la más cordial bienvenida al reconocimiento que hemos organizado a don Víctor L. Urquidi. Baste mencionar su contribución destacada y visionaria en la construcción de nuestra institución, El Colegio de México, en la vida académica nacional —y con frecuencia fuera de nuestras fronteras— y en el desarrollo del país.

La idea de este homenaje, hay que decirlo, fue de Samuel del Villar quien, al trabajar temas de la hacienda pública en México, quedó profundamente impresionado por las aportaciones de don Víctor en esta área.

Samuel propuso entonces a la Asociación la organización de un reconocimiento a don Víctor, iniciativa que fue apoyada unánimemente por sus integrantes y por colegas que, sin pertenecer a la misma, secundaron sin titubeos su realización.

Las bases para el reconocimiento difícilmente pueden ser más justas y significativas. Para empezar, es innegable aquilatar el aporte de don Víctor para quienes somos y para quienes han sido miembros de esta institución. Una trayectoria de vida como la de don Víctor no puede pasar inadvertida en la vida académica del país, en el impulso que le imprimió y en la orientación de su desarrollo económico. No son elementos independientes: conforman un todo integrado.

Víctor Urquidi fue el cuarto presidente de El Colegio de México y estuvo al frente de nuestra institución por cuatro periodos que abarcaron de 1966 a 1985. Durante su ejercicio llevó a

nuevas fronteras la extraordinaria proyección que le habían dado Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas. Gracias a su visión, tenacidad y firmeza, ahora nuestra sede es una joya arquitectónica diseñada precisamente para satisfacer las necesidades de avanzar en el conocimiento en las ciencias sociales y las humanidades. La Biblioteca, eje del edificio cuyo acervo contiene más de 600 000 volúmenes, es uno de los cimientos más sólidos para que El Colegio difunda el conocimiento no sólo entre sus integrantes sino entre todos los interesados en él. Junto con ello, y como parte fundamental de la modernización de la institución, también se estableció la Unidad de Cómputo.

El señor Urquidi concibió la pertinencia —de manera visionaria— de temas fundamentales para el país y para el análisis. Dichos acercamientos, novedosos en su época y vigentes en la actualidad, persisten como un legado invaluable de su talento como forjador de instituciones.

En El Colegio, don Víctor fundó el Centro de Estudios Sociológicos, participó en la conformación actual de los centros de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, de Estudios Económicos y de Estudios de Asia y África; también favoreció el establecimiento de los programas de Ciencia y Tecnología, del Diccionario del Español de México, de Energéticos, de Formación de Traductores y el Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.

Como investigador su trayectoria también es sobresaliente. Fue director de la subsección de la CEPAL en México. Junto con el doctor Raúl Prebisch, participó en la formulación de nuevas políticas para el desarrollo de América Latina, con énfasis particular en la constitución de un mercado común centroamericano del cual fue principal promotor.

Al dejar la CEPAL se entregó completamente a las tareas académicas y administrativas de El Colegio de México, a cuyo crecimiento aportó su particular visión interdisciplinaria y sus

múltiples vínculos para conseguir fondos financieros que habrían de sustentar los más variados proyectos institucionales.

Por añadidura, Víctor L. Urquidi jamás descuidó, en su calidad de investigador y asesor, las cuestiones vinculadas con el desarrollo de México, sobre todo la formulación de políticas fiscales y demográficas del país del más alto nivel.

Para los integrantes de la Asociación Daniel Cosío Villegas es un honor sumarse a la comunidad de El Colegio de México en este reconocimiento a nuestro distinguido colega y amigo. Gracias a todos, y el mayor de nuestros reconocimientos para don Víctor.

RECONOCIMIENTO A VÍCTOR URQUIDI

Andrés Lira

545 606523

De muchas maneras y en las más diversas ocasiones, me viene a la mente lo que Víctor Urquidi ha hecho por la afirmación y el crecimiento de nuestra comunidad. Recordaré aquí dos de esos momentos que me salen al paso con más frecuencia, al tropezar con las cuestiones de la administración tan estrechamente ligadas a la integridad de la vida académica.

Los más antiguos en esta mesa recordamos a un Víctor Urquidi muy dinámico, el de siempre, sólo que en la primera mitad de los años sesenta muy joven y hablando en los pasillos del edificio de Guanajuato 125 con otros profesores y con personas que no llegamos a conocer bien a bien.

Eran los años en que presidía El Colegio don Silvio Zavala cuando Víctor Urquidi, a más de sus tareas académicas, se encargó de elaborar el presupuesto de la institución, pues, aunque ahora nos parezca increíble, aquella bien ordenada casa de estudios, renovada bajo la presidencia de Daniel Cosío Villegas, carecía de un presupuesto, elemento indispensable para asegurar la consistencia y la posibilidad misma de la institución. Cuando en 1966 Víctor Urquidi se hizo cargo de la presidencia, contaba ya El Colegio con un presupuesto, elemento que se ha venido afirmando y poniendo al día para asegurar la continuidad y para enfrentar situaciones que sólo pueden superarse con medios de esclarecimiento, de previsión y de rendición de cuentas.

La visión del economista, pendiente de una clara y eficaz administración, tenía por objeto preservar la integridad institu-

cional de la vida académica. No comprometer a El Colegio ni conceder un ápice ahí donde la condescendencia pudiera derivar los fines y las tareas propias del conocimiento.

Para ilustrar esto voy a recordar muy brevemente una anécdota que he contado a algunos de ustedes:

Una calurosa tarde de 1974 recibí en mi cubículo el llamado de Graciela Salazar, quien me dijo que el señor Urquidi quería hablar conmigo. Bajé a su oficina y muy rápidamente me explicó que se trataba de algo circunstancial: el licenciado Mario Moya Palencia, secretario de Gobernación, invitaba a El Colegio de México a participar en un acto en Izcateopan,¹ y me pedía que, como profesor de historia, representara a la presidencia y a la institución de El Colegio en el acto organizado por el gobernador Rubén Figueroa, que a todas luces era el arranque de la campaña presidencial del más presidenciable de los miembros del gabinete. (Esto, por supuesto, no fue mencionado en la conversación.) El caso es que acabándome de explicar de lo que se trataba, le dije al presidente de El Colegio que si él así lo disponía, iría yo en su representación, pero que como profesor de historia no me parecía conveniente, pues Izcateopan era una muestra acabada de mala fabricación de pruebas, algo que desde el siglo XIX se había preparado y que, en el XX, dos profesores de El Colegio de México habían dictaminado sobre el caso, cuando bajo la presidencia de Miguel Alemán se revivió el asunto.

¹ Para quienes no lo sepan —creo que muy pocos—, Izcateopan, Guerrero, es el lugar en el que según la tradición fabricada fueron sepultados los restos de Cuauhtémoc. En el siglo XIX trataron de animar a don Vicente Riva Palacio para darle notabilidad a esa tradición “pero no se dejó seducir”; luego, en la época en que gobernó Miguel Alemán, “los restos de Cuauhtémoc” —que resultaron ser de diversas personas y además posteriores— fueron exhumados. En la época de Luis Echeverría se pretendió construir en Izcateopan el Santuario del Tercer Mundo.

Apenas terminé, don Víctor llamó a Graciela y le dijo, “comuníqueme con el licenciado Moya Palencia”. Cuando lo tuvo en el teléfono, después del saludo de rigor, le dijo: “Mire usted Mario, está aquí un profesor del Centro de Estudios Históricos que me dice lo siguiente (y le resumió lo que yo le había dicho); por lo tanto, como usted comprenderá, El Colegio de México, como institución académica que es, no puede presentarse en esa ceremonia. Tratándose de otra cosa, ya sabe usted que estamos en la mejor disposición”.

Quedé impresionado con aquella capacidad de decir que no, y he quedado tanto más impresionado con la capacidad de Víctor Urquidi para decir que sí y poner en juego todos los elementos a su alcance y traer a los que están lejos, tratándose de proyectos académicos de la más diversa índole, pero pertinentes a la competencia de El Colegio de México.

De esto hablarán otros participantes, de suerte tal que dejo aquí mi intervención para dar paso a otras expresiones de este merecido reconocimiento.

¡Felicidades don Víctor!

VÍCTOR URQUIDI, UNA SEMBLANZA

Josefina Zoraida Vázquez

545 620367

En 1965 conocí a Víctor Urquidi en los pasillos de El Colegio. No me acuerdo si me presenté o simplemente pasé a pedirle una copia y el permiso para que un amigo norteamericano incluyera su parodia sobre *Los hijos de Sánchez*, titulada “Los hijos de Jones”, en una antología que reunía. Urquidi formaba parte de la mitología de El Colegio, no sólo por su exitosa carrera en el Banco de México, la CEPAL, la Secretaría de Hacienda y alguna otra notable institución, sino por haber enseñado en la institución en 1943 y nuevamente en 1961. Por sus conocimientos y experiencia, don Daniel lo había llamado para elaborar los planes del Centro de Estudios Económicos y Demográficos y no tardó en ser elegido miembro de la Junta de Gobierno.

Yo no volví a tener relación con Urquidi hasta que fue elegido presidente de El Colegio, al ser nombrado embajador en Francia don Silvio Zavala. No había duda de que era el candidato idóneo: conocía bien los problemas, proyectos y necesidades de la institución, ya que además de sus tareas académicas había auxiliado a don Silvio a reorganizar la administración y a conseguir fondos, aprovechando su cercanía con el secretario de Hacienda, don Antonio Ortiz Mena. Víctor se había involucrado intensamente en el CEED. Preocupado por el tema de la población, había conseguido la asesoría del Centro Latinoamericano de Demografía, de la doctora Carmen Miró y de otras personas e instituciones para promover la capacitación y la investigación en esa materia. También había establecido

con Leopoldo Solís un seminario interdisciplinario de investigación económica que convocó a académicos y funcionarios para identificar los problemas del desarrollo económico de México.

Al tomar las riendas de El Colegio el 22 de abril de 1966, se despertó el temor entre los miembros del CEH y del CELL de que relegara las humanidades. El estilo de Urquidi difería de sus antecesores. Era más joven y menos diplomático que don Silvio; directo como don Daniel, pero aparentemente con menos sentido del humor. Impaciente y eficiente, toleraba mal los retardos y las confusiones. Sus viajes eran inconcebibles y su actividad incansable, en especial en todo aquello que consideraba primordial para El Colegio. En realidad, su aparente sequedad escondía un gran sentido humano y una cordialidad que de tanto en tanto afloraba, en especial en momentos sociales.

Desde el principio, con afán sistemático se abocó a plantear una política de coordinación. Para familiarizarse con profesores y proyectos, Víctor se reunió con paciencia con los de cada uno de los centros e hizo esfuerzos por ser receptivo de sus inquietudes y vocaciones. Su empeño mayor lo puso con los humanistas, tal vez porque sintió su desconfianza. Hizo esfuerzos por encontrar lineamientos que dieran un sentido unitario a la investigación con respeto a la libertad, tanto individual como colectiva. Para acercarse a los académicos, estableció el café de los jueves por la tarde en la sala de juntas de la presidencia, el cual, aunque distó de tener el sabor del café tempranero de don Daniel, cobró animación y fortaleció la comunicación entre los miembros de los diferentes centros y los profesores visitantes. Esta institución desapareció con el traslado al Pedregal. También se empeñó en acercarse al personal administrativo y al alumnado, apareciendo de vez en cuando en la cafetería, sentándose a comer en cualquier mesa, no sin causar algún so-

bresalto. Parecía disfrutar de los festejos, tanto de estudiantes como de colegas. Recuerdo que en una de esas ocasiones, en una fiesta en casa de un alumno del CEI en el Pedregal, los jóvenes empezaron a terminar sus bailes, lanzándose al piso, haciendo una pila. Mario Ojeda, entonces secretario general, temeroso de posibles excesos, sugirió que nos lleváramos al presidente a otra sala, justamente en el momento en que Víctor y su pareja se tiraban a la pila. Un buen ejemplo de que no era como lo pintaban.

La preocupación principal de Urquidi fue darle coherencia y organización a El Colegio que, desde el estreno de su casa propia en Guanajuato 125, había crecido aceleradamente. Mario Ojeda solía decir que Víctor le había dado racionalidad a las relaciones administrativas basadas hasta entonces “en conocimientos tradicionales”. Se adelantó a preparar lo que después se denominaría programa-presupuesto y, para dejar de vivir a base de sablazos y darle seguridad a los proyectos, logró institucionalizar el subsidio del gobierno federal por medio de la Secretaría de Educación Pública.

Desde el primer año de su presidencia se notaron los frutos de sus empeños: se concluyeron las obras de construcción del segundo edificio de la calle de Guanajuato; entraron en funcionamiento el laboratorio de lenguas y la cafetería; las publicaciones volvieron a tener importancia y, amén de las revistas concienzudas de los centros, El Colegio acogió en 1967 la archisofisticada *Diálogos*, fundada y dirigida por Ramón Xirau.

Víctor, tan comprometido con el país, quiso inyectarle a las tareas ese tinte. Al inaugurar los cursos del año académico 1967-1968 instó a estudiantes, profesores e investigadores a acercarse más a aspectos importantes de los problemas sociales, económicos y políticos del México contemporáneo, pues “El Colegio no era una simple institución donde se asiste a cla-

se o se progresa en un estudio concreto”, sino que buscaba abrir horizontes intelectuales, establecer la disciplina del estudio, asegurar un diálogo amplio y libre y subrayar la necesidad *de la crítica y del triunfo de la razón*.¹

Estas palabras resonaron a mediados de 1968, cuando estudiantes y profesores se vieron envueltos en el movimiento estudiantil. Urquidi instó a la moderación, lo que no evitó que la institución fuera advertida al ser ametrallada su fachada una madrugada y que, más tarde, Urquidi fuera acusado de instigar el movimiento.

Recobrada la tranquilidad, durante los años setenta, su gran empresa fue la construcción de lo que he llamado el palacio del Pedregal, por el contraste con las viejas instalaciones. La empresa fue complicada, pues requería negociar financiamiento, elegir proyecto arquitectónico, vigilar la construcción y la tarea casi imposible de prever necesidades futuras, amén de entregar las viejas instalaciones de El Colegio, compensación parcial por el nuevo edificio.

A los que nos despedimos una y otra vez de nuestro edificio de Guanajuato 125, tan entrañable para quienes lo habíamos estrenado en 1960 no fue fácil, aunque también nos emocionamos con la inauguración del edificio del Pedregal de Santa Teresa el 23 de septiembre de 1976. Con asistencia del presidente Echeverría, en la ceremonia hablaron Urquidi como presidente, Lorenzo Meyer como profesor y Ulises Beltrán como estudiante. Urquidi agradeció al gobierno por dotar a la institución de una sede espaciosa y aseguró que estábamos conscientes de la responsabilidad que significaba en un país de escasos recursos e inagotables necesidades, recordando el rigor con que se ejercían las tareas académicas, en un espacio donde la libertad y la autonomía no impedían colaborar en los

¹ *Boletín Semestral*, VI:1 (noviembre de 1967-abril de 1968), p. 3.

empeños sociales y ofrecer una crítica a los procesos históricos e institucionales de México y otras naciones.²

A la vieja generación no le fue fácil adaptarse a la nueva sede que nos enajenaba de la vida de la ciudad, en especial porque ahora se tenía que identificar ante el servicio de vigilancia. Pero disfrutábamos el hecho de contar con una espléndida biblioteca y un comedor y el orgullo de nuestra gran máquina de cómputo, hoy dinosauria, y más tarde de estrenar sala y comedor de profesores. A pesar de las urgencias para amueblar el edificio, Víctor también se preocupó por darle un toque artístico y consiguió donaciones de excelentes cuadros y grabados.

Pero la reunión de investigadores, estudiantes y trabajadores de El Colegio, antes desparramados por diversos edificios rentados en los alrededores de Guanajuato 125, complicaron las relaciones. La socialización de nuevos miembros se dificultó, y el temor que producían la inflación y las crisis cíclicas desembocaron en la fundación de sindicatos.

A pesar de esto y las penurias financieras, la vida de El Colegio siguió adelante, con proyectos que buscaban adelantar soluciones a los problemas del país. Las nuevas preocupaciones de Urquidi se centraron en que nuevas leyes pudieran afectar a la institución, por lo que pidió a don Antonio Martínez Báez estudiar la situación jurídica de El Colegio y, para marzo de 1985, pidió a la Junta de Gobierno reflexionar sobre la situación de El Colegio frente a los nuevos problemas y anunció su decisión de que se adelantara la elección de un nuevo presidente, para dar curso a gente más joven y mantener la independencia de la institución, tanto de autogobierno como de investigación y enseñanza.

² “Palabras del presidente de El Colegio de México, señor Víctor L. Urquidi”, *El Colegio de México. Nuevo edificio. 23 de septiembre de 1976*, pp. 13-16.

Víctor tenía muchas razones para sentirse satisfecho al dejar la institución el triste día de septiembre de 1985, después del terremoto, cuando entregó la presidencia a su sucesor. Terminaba la época del aura de las generaciones constructoras y era el fin de otra etapa de El Colegio de México.

Personalmente me declaro en deuda con Víctor Urquidi. Le guardo gran gratitud por la confianza que me brindó en mis años al frente del CEH, y su gran apoyo para mis iniciativas y proyectos, tanto los personales como los de mi centro. Lo recuerdo haciendo esfuerzos por redactar alguna lección para el libro de texto gratuito. Dado el carácter fuerte de los dos, tuvimos diferencias, pero trabajamos en armonía y el contacto estrecho de esos años nos permitió construir una amistad que tengo en gran aprecio. De manera que no me resta sino decir mil gracias, querido Víctor.

PALABRAS EN EL HOMENAJE
A VÍCTOR L. URQUIDI

Joseph Hodara

54 S 620369

Conozco a Víctor L. Urquidi hace treinta y cinco años. Lo conocí gracias a uno de los singulares rasgos que lo distinguen: su calidad de estimulante comunicador intelectual, de punto de intersección de investigadores y textos hábiles para suscitar la curiosidad de sus allegados y colegas. Ocurrió que había yo publicado un atrevido ensayo sobre “El tapado y el tapadismo en México” que Víctor leyó con avidez. Me invitó a platicar en su modesto despacho de la calle Guanajuato. Y de inmediato distribuyó —como es su inesquivable costumbre desde entonces— mi escrito entre aquellos a quienes podría interesarles. Así pude conocer a don Daniel Cosío Villegas, a Ramón Xirau y a otros personajes que encarnaban a la sazón la mitología de El Colegio de México.

Tuve el privilegio de sostener, con los dos primeros, sabrosos diálogos en la modesta cafetería de la institución. “Fuereño” empezó a llamarme —cariñosamente quiero creer— don Daniel, y así me consignó en sus libros. En tanto que Ramón Xirau me ofreció generosamente las páginas de su deslumbrante revista *Diálogos*, que después y por una mala decisión institucional dejó de existir. Furioso por este torcido incidente, Xirau mudó hogar académico.

Más de una vez pensé o imaginé enhebrar una suerte de “vidas paralelas” —a la Plutarco, si se quiere— entre don Daniel, por un lado, y don Víctor, por el otro. Dejo de momento en el tintero —si se me permite esta envejecida metáfora— tal intención debido a la tiranía del tiempo ahora disponible.

Víctor no es sólo un fluido y caudaloso vaso comunicante. Manifiesta y transfiere ideas en un idioma pulcro, directo, intolerable de cualquier retorcimiento. Él abomina de lo que Alatorre llamó, en reciente y jugoso artículo, el “politiqués”. Es decir, esa forma alambicada, circular, cantinflasca y —agrego— lacaniana y cuasi posmodernista, de expresarse. Lenguaje muy apreciado por políticos y por no pocos intelectuales latinoamericanos que predicán con solemne espíritu evangélico lo que no alcanzan a comprender como científicos sociales.

Recuerdo que cuando me presentó a su fiel asistente Graciela Salazar, Víctor me dijo: “Es una de las pocas personas que sabe usar con tino la locución ‘por lo pronto’”. Un elogio mayor de Víctor para Graciela; casi un piropo sensorial, si se considera y aprecia el carácter de su universo victoriano...

Y como añadidura a este lenguaje directo que lo distingue, Urquidi nunca supo enquistarse o apoltronarse en un tema. Exploró todos los campos de las ciencias sociales y de las humanidades, desde la política económica de México hasta la evolución del pensamiento cepalino, desde la demografía hasta la confección de los escenarios prospectivos del planeta, desde el estudio del medio ambiente hasta el retrato de personajes académicos que ya se fueron de esta vida. Víctor resiste cualquier enfeudamiento mental o institucional; es multidisciplinario y polivalente por formación e impulso personal. Parece profesar que una institución académica que se transforma en una multitud de almas solitarias se corrompe y desbarata, ingresando a una entropía acaso irreparable.

Por esta pluralidad de intereses muy cercanos a la realidad, presidentes y hombres públicos lo respetan, sin aproximarse a él en demasía, sin acercarlo en exceso, por temor a infectarse con la verticalidad insobornable de Víctor.

Evocaré algunos recuerdos para enriquecer la semblanza de este hombre con amplios atributos (*malgré* Musil).

Primero, Caracas. Llegamos a la capital venezolana, el que habla como funcionario de la CEPAL, y él como miembro directivo de CLACSO. El hotel, colmado. Felizmente, mi reserva- ción fue respetada; mas no la de Víctor. Sin vacilar le invité a compartir habitación. Sin opciones, él aceptó. Después de com- probar la avaricia de las dimensiones del cuarto y la única ca- ma estrecha que allí se encontraba, pedimos otra. Nos trajeron algo parecido a un catre militar. Le dije: “usted duerme en la cama, y yo en el catre”. Víctor rehusó sin cambiar de idea du- rante varias noches. Su modestia y entereza contrastaron, en mi juicio, con las palabras altisonantes que más tarde escucharía- mos en Maracaibo —lugar del encuentro— en torno a la aletar- gada situación latinoamericana.

En aquel momento evoqué una expresión que está en la Vul- gata y que Goethe repitiera al encontrarse con Napoleón: *Ecce Homo*.

Después, Turín. Se verificaba allí una reunión dedicada a evaluar el pensamiento económico mexicano. Él llegó desde al- gún punto de Europa, y yo, de Santiago de Chile. Recuerdo que, antes de partir, el empleado de la línea aérea me pregun- tó: “¿De qué nacionalidad es usted?”. “Israelí”, le contesté. Sin embargo, el empleado anotó “iraní”... Eran los tiempos de la temible efervescencia jomeinista. Cuando mi maleta llegó a Nueva York, en tránsito, suscitó el horror de los funcionarios de la aduana. Allí se quedó cinco días. Llegué a Turín con lo que tenía puesto, tarde por la noche. Le comenté a Víctor mi aprieto. Y él, sin dudarle, me facilitó camisa, calcetines e inclu- so una máquina eléctrica de afeitar de la cual se sentía muy or- gulloso. El *Ecce Homo* repicó nuevamente en mi memoria.

Algo más: en una oportunidad, estando ambos en Cuernava- ca, me invitó a visitar a su madre. Yo ya había escuchado de su abnegada actividad como enfermera en la guerra civil españo- la. Me emocionó. Y me emocioné más cuando encontré a una

mujer vivaz, ingeniosa, vital, bella, con un *wit* que le venía de sus raíces. Entonces pensé en aquel dicho castizo que, a veces, es injusto, pero que, en otras, es atinado: “Lo que Natura non da Salamanca non presta”.

Debo confesar un suceso con el cual no me siento completamente a gusto. Cuando concluí mi investigación sobre el pensamiento cepalino —con las sensatas orientaciones de Víctor— y el libro estaba a punto de publicarse por El Colegio de México, le hice un pedido impertinente: que el corrector de estilo no perfeccionara —según decía— o no castrara —postulaba yo— mi estilo castellano. Urquidi no dijo ni sí ni no a mi petición. Lo puse sin duda en un dilema agreste. No quería ni podía él fijar precedentes vengativos. Sin embargo, con esa conversación sin palabras que nos ha caracterizado desde siempre, entendí que él me entendía. En suma: el corrector se quedó sin empleo y el libro salió virginal a la luz.

Reflexión final pues el tiempo —que es inexorable y es angustia— se me acaba. Cuando se les ocurra a los historiadores evaluar el trayecto de este Colegio, con sus ciclos ascendentes y entrópicos, con su brillo y su opacidad, y de este modo asignen responsabilidades y etapas, en algo habrá absoluta coincidencia: en la figura señera, singular, única, irrepetible, de Víctor L. Urquidi. Fue él hombre-puente entre instituciones y entre disciplinas; fue y sigue siendo eficiente y confiable partero de múltiples proyectos, ideas, exploraciones, y, a la vez, vigilante portero de cualquier desvarío nacional o institucional. Y todavía posee flechas en su aljaba, como muy pronto comprobaremos con su *Historia económica de América Latina en el siglo xx*.

Gracias, Víctor, por todo. Gracias por el estar y el ser con nosotros y en la vida de muchos de nosotros. Es un privilegio. Es huella imborrable. Gracias.

VÍCTOR URQUIDI Y LA REFORMA FISCAL

Samuel I. del Villar

545 620391

Víctor Urquidi tiene una visión y acción creativas de largo alcance. Están en la proyección de El Colegio de México; en la construcción del bello edificio en torno a nuestra magnífica Biblioteca Daniel Cosío Villegas; en la institucionalización, en nuestra casa y en el país, del estudio de disciplinas de punta y del gobierno de fenómenos nuevos que desafiarían a la sociedad mexicana a partir de la segunda mitad del siglo xx, como el urbanismo, la demografía, la condición de la mujer, la transferencia de tecnología, la escasez de energéticos fósiles, el conocimiento de Asia y África, y en la inmersión en la era digital con nuestro Centro de Cómputo. También es un visionario en la reflexión y el ejercicio de su propia disciplina y profesión en sentido estricto: economista. Mi intervención se orienta a reconocer, desde la perspectiva de un investigador interesado en la conexión de fiscalidad y Estado democrático de derecho, su visión sobre los requerimientos de la reforma fiscal para sustentar el desarrollo del país. Al revisar sus escritos académicos y plantamientos profesionales de los años 1950 y 1960, debe uno convencerse que difícilmente puede tener más actualidad y trascendencia en estos momentos como referencia obligada para que México pueda reencauzarse por el desarrollo debido de su economía y su sociedad.

Se identifica como “desarrollo estabilizador” el periodo de 1954 a 1970, el de las más altas tasas de crecimiento económico del país durante el siglo xx —cercano a 7% anual que, por habitante, duplicó el de Estados Unidos—, con una extraordinaria

ria estabilidad de precios apuntalada por dieciséis años de inmutabilidad del tipo de cambio del peso con el dólar. Después de casi medio siglo de estancamiento del ingreso por habitante y de la ostensible incapacidad fiscal para reconciliar el crecimiento con la estabilidad monetaria y cambiaria, la vista de políticos y economistas, no tan ignorantes de la historia nacional, se vuelve con añoranza a ese periodo.

Antonio Ortiz Mena, secretario de Hacienda durante los sexenios 1958-1964 y 1964-1970, caracterizó el desarrollo estabilizador como el medio para “conjugar la generación de un ahorro voluntario creciente y la adecuada asignación de los recursos de inversión con el fin de reforzar los efectos estabilizadores de la expansión económica”, que “debía terminar con los ciclos recurrentes de inflación-devaluación que habían afectado a la economía mexicana en años anteriores”.¹

Siete años antes de que el licenciado Ortiz Mena llegara a Hacienda, en 1951, Víctor Urquidi, un joven economista, pero ya con una experiencia profesional significativa en la política hacendaria mexicana, que incluyó ser secretario técnico de la delegación mexicana a la conferencia de Bretton Woods que organizó el sistema monetario y financiero internacional de la posguerra, llamaba la atención sobre el imperativo de desarrollar “bases de una política fiscal y monetaria congruente con el desarrollo económico”, con el objetivo de “contener la inflación sin retrasar el ritmo de desarrollo económico”.² Los memoriales de principios de los años cincuenta que dirigía a los directores del Banco de México, Carlos Novoa y Rodrigo Gó-

¹ Antonio Ortiz Mena, *El desarrollo estabilizador: reflexiones sobre una época*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 1998, p. 49.

² Véase Víctor L. Urquidi, “El papel de la política fiscal y monetaria en el desarrollo económico”, *El Trimestre Económico*, vol. XVIII, octubre-diciembre de 1951, núm. 4, pp. 636-653.

mez —la columna vertebral del desarrollo estabilizador— machacaban el concepto. Desde entonces planteaba

una política fiscal que tenga por objetivo global una neutralidad presupuestal y monetaria y por finalidades concretas las de permitir, por un lado un ritmo convenientemente elevado de obras públicas y, por otro, financiar éstas por medio de impuestos a las fuertes utilidades comerciales e industriales que el proceso de desarrollo origina, para convertirlas en obras y servicios sociales y económicos de carácter básico.³

Para 1956 Víctor Urquidi había afinado su planteamiento de cinco años antes en materia de reforma fiscal. De su objetivo básico de convertir los altos ingresos de capital generados por la política de desarrollo, pasó a plantear el medio para conseguirlo, el impuesto progresivo sobre la renta, fundado en “el conjunto de ingresos de una persona”⁴ como la base gravable fundamental y que constituía la “omisión principal” del sistema cédular en vigor, razonando que

Es un gravamen que incide sobre quienes pueden pagar, y que, además, incide en mayor medida sobre quienes más pueden pagar

³ *Ibid.*, p. 650.

⁴ “Tiene por base las ganancias de las empresas y los ingresos percibidos por los individuos por la posesión de capital, por su habilidad para combinar capital y trabajo en actividades productivas, por su capacidad personal de trabajo o por su habilidad profesional o artística resultante de su nivel educativo y su talento. Dentro de determinados límites, el impuesto sobre la renta no tiene por qué desalentar el consumo ni la actividad productiva, y antes bien debería estimular a la empresa o al individuo a ingeniarse para aumentar su productividad y en consecuencia el rendimiento neto, un vez pagado el impuesto, del producto de sus esfuerzos”. Véase Víctor L. Urquidi, “El impuesto sobre la renta en el desarrollo económico de México”, *El Triestre Económico*, vol. XXIII, núm. 4, octubre-diciembre de 1956, p. 429.

[...], no es lógico que las personas de elevados ingresos, pero obtenidos de distintas fuentes, paguen gravámenes menores que personas con iguales ingresos derivados de una sola fuente [...]. El no gravar adecuada y suficientemente los ingresos personales —aparte de las muchas evasiones que son tradicionales, pero no por ello menos reprobables— es uno de los elementos tendientes a perpetuar la mala distribución del ingreso y a crear corrientes de inversión y consumo de carácter suntuario que contribuyen menos a desarrollar el país que a formentar con exceso las importaciones.⁵

En 1960, cuando el secretario Ortiz Mena adoptó el concepto de “desarrollo estabilizador”, don Víctor era coordinador del Grupo Hacienda-Banco de México, instituido para el análisis de los problemas estructurales y de mediano y largo plazo de la economía, y un colaborador suyo, Rafael Izquierdo, acuñó el término. Ortiz Mena era consciente de que el concepto estaba cojo y, finalmente, sería insostenible en ausencia de una política fiscal que siguiera los derroteros planteados por Urquidi, haciéndose eco de los mismos para sustentar “la decisión de avanzar hacia un régimen de los ingresos de las personas y las empresas donde hubiera acumulación de ingresos y progresividad en las tasas”.⁶

La reforma del impuesto sobre la renta para acumular los ingresos de capital a los del trabajo y gravarlos progresivamente se convirtió en condición *sine qua non* para la prosperidad nacional. Existe la impresión de que el autor del planteamiento reformador fue el economista húngaro-inglés Nicolás Kaldor, contratado por Ortiz Mena. La impresión está equivocada y es necesario corregir el expediente histórico. En realidad, la propuesta sólida y responsable de reforma fiscal surgió de una

⁵ *Ibid.*, pp. 429, 435-436.

⁶ Ortiz Mena, *op. cit.*, p. 135.

comisión *ad hoc* de la Secretaría de Hacienda, en la que participó predominantemente Víctor Urquidi y que adoptó sus planteamientos afinados durante años.

La ligereza también caracteriza a contratistas extranjeros: Kaldor transcribió disposiciones legislativas de Ceilán, ahora Sri Lanka. Su planteamiento de septiembre de 1960 mezclaba la acumulación y gravamen progresivo del ingreso con las propuestas de un impuesto anual sobre la riqueza, de un impuesto universal sobre donaciones, de un impuesto sobre el gasto, de una “declaración comprensiva relacionada con los asuntos personales del contribuyente” y de un aumento salarial a los funcionarios fiscales de entre diez y cinco veces los niveles entonces vigentes, dejando la “síntesis de recomendaciones para entregarse posteriormente”.⁷

El mismo Ortiz Mena circunscribió su utilidad meramente “para la negociación de la reforma”, mientras que la reforma articulada en torno al planteamiento de Urquidi la calificó como un “análisis técnico riguroso”.⁸ La Comisión Urquidi articuló su informe en octubre de 1961,⁹ partiendo de que “la principal deficiencia del sistema tributario mexicano consiste en que carece de un verdadero impuesto a la renta personal cuyo objetivo sea gravar la capacidad económica total de la persona”, precisando que “la mayor parte de la recaudación, o sea el 72%, proviene de impuestos sobre sueldos y salarios”, por lo que “la distribución personal del ingreso en México es muy de-

⁷ Kaldor precisó que “me parece que el trabajo sustantivo, si ha de realizarse eficientemente, debe hacerse por personas que sean pagadas al nivel de, al menos, 5 000 a 6 000 pesos y no al nivel de 500 a 1 000 pesos”, *op. cit.*, p. 77.

⁸ Ortiz Mena, *op. cit.*, pp. 156-157.

⁹ Rafael Urrutia Millán, Ernesto Fernández Hurtado, Agustín López Munguía, Víctor L. Urquidi, Ifigenia M. de Navarrete, *Informe confidencial sobre la reforma fiscal*, México, mimeografiado, 20 de octubre de 1960. Víctor Urquidi entregó al autor una copia del mismo.

sigual, y resulta también evidente que los impuestos sobre el ingreso personal recaen principalmente sobre personas con capacidad de pago relativamente baja”.¹⁰ En síntesis, propuso que “toda persona debe tributar sobre el total de sus ingresos anuales” que “se referirá a toda clase de percepciones por sueldo, salario, rentas, intereses, dividendos y cualquier otra percepción o ingreso derivado del capital” y que “el ingreso sea gravado con tarifa progresiva” y “única” exentando los niveles de menores ingresos.¹¹

De hecho, fue el propio Ortiz Mena quien bloqueó la reforma fiscal que hubiera insertado a México en el camino universal de la fortaleza y la equidad económica sosteniendo que “había que darle primacía a los aspectos políticos y lograr que la reforma tuviera el apoyo de los grupos de más altos ingresos”.¹² Relata don Víctor: “yo salí de eso; Ortiz Mena encargó a Ernesto Fernández Hurtado que preparara la legislación”.¹³

¹⁰ *Ibid.*, pp. 22 y 31.

¹¹ *Ibid.*, pp. 39-47. La comisión sintetizó proponiendo “una tarifa que, empezando con 0.9% en \$501 mensuales, llegue al 1.4% al nivel de \$1 000 (o, sea, en ese tramo igual al de la cédula IV), suba a 4.4% al nivel de \$2 500, a 6.9% al nivel de \$4 000, a 12.1% al nivel de \$10 000, a 16.8% al nivel de \$20 000, a 21% al nivel de \$40 000, y de allí en adelante tienda a un máximo de 25%”. Complementó la propuesta planteando que “en estricta equidad deberían dejarse exentos de impuesto los ingresos inferiores a \$1 000 mensuales, y posiblemente hasta \$2 000 mensuales, puesto que se trata de capas sociales a las que se desearía favorecer”. *Ibid.*, pp. 47-48.

¹² Comisión tributaria, minuta de la “Sesión celebrada el 23 de octubre de 1961” en la que se asienta que fue “presidida por el Lic. Antonio Ortiz Mena, Secretario de Hacienda y Crédito Público. Estuvieron también presentes las siguientes personas: Lic., Rafael Urrutia, Lic. Roberto Hoyo, Sr. Antonio Arce Gómez, Lic. Lorenzo Mayoral Pardo, Lic. Roberto Martínez Ulloa, Lic. Manuel Sánchez Cuén, Sra. Ifigenia M. de Navarrete, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Lic. Agustín López Munguía, Sr. Víctor L. Urquidi”. Copia original de la minuta fue entregada por Víctor Urquidi al autor.

¹³ Entrevista del profesor Urquidi con el autor, 23 de enero de 2003.

Desde entonces los reformadores fiscales, en balance, están confundidos y empeñados en imponer mayor regresividad al sistema. La economía mexicana se desestabilizó y su crecimiento se mantiene estrangulado por una estructura fiscal tan débil como injusta. Nadie ha planteado un camino más sólido y responsable para salir del estrangulamiento que el que articuló Víctor Urquidi hace medio siglo. Nuestro reconocimiento.

VÍCTOR URQUIDI, EL PROFESOR

Lorenzo Meyer

545 620373

Todo homenaje a un individuo tiene, al menos, un doble propósito. Desde luego y en primer lugar, el reconocimiento al personaje único, irrepetible. Y también tiene otro objetivo: el de ser una aclamación pública de ciertos rasgos de carácter que, por acentuados en el homenajeado, invitan a ser tomados como ejemplo por quienes los consideran valores fundamentales, dignos de ser subrayados y celebrados.

Entre los aquí presentes y en esta institución —El Colegio de México—, creo ser la persona adecuada para subrayar el valor de la conducta de Víctor Urquidi como maestro; más concretamente, como profesor. La transmisión de conocimientos de manera directa, en el ámbito del salón de clase, es parte de la tarea de todos los miembros de esta institución, pero es igualmente cierto que no todos lo pueden hacer con la misma eficacia. Y puedo atestiguar que eficacia es justamente el concepto adecuado para definir a Víctor Urquidi como profesor.

El salón de clase no era el ámbito natural de Urquidi cuando lo conocí en febrero de 1961. Él tenía entonces 42 años y yo 19. Él estaba en esos años dedicado a sus tareas como economista en dos instituciones clave del Estado mexicano: el Banco de México y la Secretaría de Hacienda. El tenerlo por casi dos semestres como profesor de “Análisis económico” en El Colegio de México, justamente en el primer año de una licenciatura recién creada y que no estaba centrada en la economía —una ciencia dura dentro del ámbito de las ciencias sociales— sino

en la política internacional contemporánea, fue un lujo del que no tuve plena conciencia sino hasta años después.

El grupo de internacionalistas en ciernes al que Víctor Urquidi debió entonces introducir a grandes pinceladas en el mundo de los grandes conceptos de la micro y la macroeconomía, no era particularmente notable y provenía de disciplinas como derecho, ciencias políticas o historia, y algunos, como era mi caso, de ninguna, pues acabábamos de salir de la preparatoria. Si la memoria no me traiciona, en ese grupo de poco más de tres decenas de personas, sólo uno había pasado por una escuela de economía. En términos generales, puede decirse que los estudiantes de 1961 éramos muy representativos del nivel académico de la época —un nivel entre mediano y bajo— y absolutamente inocentes en la materia de la que Víctor Urquidi era entonces uno de los grandes expertos en América Latina.

El reto de Urquidi como profesor de personas mal o medianamente preparadas en su educación general y completamente ajenas a su materia, era despertar y moldear su imaginación económica. Se trataba de estudiantes que no serían economistas y que, además, parecían refractarios al modo de ver y pensar el mundo de los economistas, pero que, idealmente, su formación requería un conocimiento mínimo de los conceptos básicos de la economía para poder entender la naturaleza de los resortes que mueven la política de los estados en el sistema internacional, para explicar las grandes desigualdades entre los actores de ese sistema y, sobre todo, la sustancia del subdesarrollo latinoamericano y las posibilidades de superarlo. Guiado por Urquidi, ese conjunto heterogéneo de estudiantes entró, como un puñado de sorprendidas Alicias, en el exótico país de la oferta y la demanda, el mercado, la moneda, el trabajo, el consumo, el ahorro, la inversión, el gasto, el déficit, el superávit, el multiplicador, la competencia, el monopolio, el pro-

ducto interno bruto, el comercio exterior, las ventajas comparativas, etc., hasta culminar en las cuentas nacionales.

Puedo atestiguar que Víctor Urquidi resultó ser un profesor estupendo y, sin duda, el mejor que tuve entonces y uno de los mejores que he tenido. Urquidi supo transmitir, con la ayuda de libros traducidos y publicados por el Fondo de Cultura Económica —otra institución a la que él estuvo ligado— y ejemplos directamente vividos por él —y que iban de México a China, pasando por el resto de las zonas geográficas y políticas—, la esencia de todos los conceptos que presentó. Pero eso no fue todo, sino que también supo transmitir y grabar en la mente de sus alumnos una visión del mundo enteramente novedosa, así como un sentido de urgencia para transformar esa parte de la realidad en la que vivíamos: la América Latina, subcontinente que él ya conocía de arriba a abajo.

Víctor Urquidi impartía su clase muy de mañana, camino a su trabajo en el mundo de la alta política económica, y lo hacía con la sencillez y seguridad de quien se sabe en pleno dominio de su materia y que, justamente por ello, no buscaba ninguna clase de reconocimiento de los que estaban al otro lado de la mesa en el pequeño auditorio de Guanajuato 125. No hacía concesiones para congraciarse con sus oyentes, pero tampoco incomodaba a los estudiantes haciendo ostentación de la distancia intelectual que le separaba de ellos. A nosotros nos quedó claro desde muy temprano que Urquidi era alguien urgido por explicarse y explicar la naturaleza del subdesarrollo; en nuestro caso suponía que nosotros, al abandonar el aula y salir al mundo real, nos tendríamos que unir a la empresa común de superar el atraso de México y del subcontinente del que formaba parte, para, en sus propias palabras, darle finalmente viabilidad económica a la América Latina.

Poco antes de concluir el segundo semestre, Urquidi tuvo que abandonar la cátedra y fue sustituido por otro economis-

ta; fue en ese momento cuando empezamos a percatarnos de algo que después se nos haría evidente: que son muy raros los economistas que pueden comunicarse a través de otras disciplinas. Y Urquidi pudo hacerlo justamente por poseer una formación general muy sólida. Desde luego que podría seguir ahondado en el tema, pero se me pidió ser breve y debo concluir: sin ser profesor de carrera, pero asumiendo plenamente la responsabilidad de introducir a jóvenes no economistas al mundo de la disciplina que él dominaba, Víctor Urquidi se condujo como un maestro auténtico. Ninguno de mi generación —única a la que él dio clase en el Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México— logró sacar la nota más alta posible, pero nosotros a él, desde entonces, y superando los tan comunes rencores del estudiante al profesor que no hace concesiones, por supuesto que le otorgamos ese diez. Cuarenta y tres años más tarde, y a nombre de los que quedamos de ese grupo, le refrendamos tan alta nota.

VÍCTOR L. URQUIDI,
CIENTÍFICO SOCIAL VISIONARIO

Gustavo Garza

545 620374

Víctor L. Urquidi es una de las escasas mentes multidisciplinarias y multifacéticas de las ciencias sociales en México. A partir de su importante obra en economía, incursionó en otras especialidades entre las que destacan la demografía, la cuestión urbana y el medio ambiente. A ellas ha contribuido como pensador original y como visionario emprendedor de nuevos horizontes de investigación, antes, durante y después de las dos décadas como presidente de El Colegio de México.

ESTILO ESPARTANO DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Durante su presidencia, El Colegio de México amplió los proyectos de investigación hacia temas económicos y sociales que aprovecharon la experiencia e infraestructura institucional desarrolladas en los estudios de la lingüística, la literatura y la historia que existían desde su fundación. De esta suerte principió una fecunda etapa de expansión hacia áreas del conocimiento importantes para el futuro del país y cuyo estudio sistemático Víctor L. Urquidi percibió como prioritario: la dinámica demográfica; el nuevo perfil de un México hegemónicamente urbano; el desafío de la ciencia y la tecnología; las limitaciones del sector energético; la complejidad de las relaciones sociales de género, y la gravedad de la contaminación del medio ambiente, entre otros.

Su activa participación no se limitaba al seguimiento de los

diferentes proyectos de investigación, pues también estaba pendiente del proceso de cristalización de los resultados en libros y artículos. Permítanme mencionar una primera remem-branza que desde hace 25 años guardo en mi mente, pues sirve para demostrar que la anterior afirmación no es mera retórica.

En 1979 entregué el manuscrito de mi primer libro como autor único al encargado de las labores editoriales del CEED, quien poco tiempo después me comunicó que se había elaborado un dictamen positivo y que entraría a prensa, noticia que mucho me alegró. A las dos semanas, sin embargo, la satisfacción se esfumó al señalármese que el trabajo de edición se suspendía, pues el señor Urquidi no consideraba suficiente que hubiera un solo dictamen y que él se encargaría de hacer otro. Mi angustia por estar bajo el escrutinio del propio presidente de la institución sólo se disipó cuando me notificaron que había aprobado su publicación. Esto explica que al final del prólogo del libro, firmado en septiembre de 1979, añadiera: “Finalmente, nuestra especial gratitud y respeto a Víctor L. Urquidi, por su valiosa revisión del trabajo” (*Industrialización de las principales ciudades de México*, México, El Colegio de México, 1980, p. 9).

No se exageraba, pues, cuando durante la presidencia de Víctor L. Urquidi se decía que la única persona que leía absolutamente todos los libros y artículos publicados por El Colegio era él. Lo hacía por su firme conducción e intervención en la labor editorial de El Colegio, pero sin duda también por la pasión de enriquecer constantemente su pensamiento analítico y universal.

PROMOTOR VISIONARIO: EXPLOSIÓN DEMOGRÁFICA,
REVOLUCIÓN URBANA Y DETERIORO ECOSISTÉMICO

La acelerada transformación macroeconómica del país en el apogeo del denominado “milagro económico mexicano”, ar-

ticulada con el rápido incremento de la población, trajo como corolario la multiplicación del número de ciudades y el aumento de su tamaño, destacando la Ciudad de México que ya se perfilaba como una de las urbes más pobladas del planeta. Víctor L. Urquidi atisbó las implicaciones de estos tres grandes procesos del cambio social y promovió que la investigación demográfica en curso se complementara con un proyecto sobre el desarrollo urbano del país. A esta etapa corresponden los libros ya clásicos *Dinámica de la población en México* y *El desarrollo urbano de México*. Empieza pues a cristalizarse la iniciativa de determinar las categorías fundamentales de la relación entre el desarrollo económico, la expansión poblacional y el proceso de urbanización en México. A partir de estas dos obras germinales, en el CEDDU se ha publicado casi una centena de libros y más de medio millar de artículos en la revista del centro. Al impulsar el conocimiento pormenorizado de las variables más importantes de estas disciplinas, así como al advertir a la sociedad sobre la importancia de actuar para orientar estos procesos, El Colegio de México ha cumplido con uno de sus cometidos. En gran medida esto ha sido posible por el espíritu promotor de sus mayores intelectos, entre los que destaca, inquestionablemente, Víctor L. Urquidi.

Con relación a mi participación en el libro *El desarrollo urbano de México*, compartiré un segundo recuerdo con el mismo propósito que en el caso anterior. Como estudiante de economía en 1963 había leído un libro reciente de Víctor L. Urquidi, titulado *Viabilidad económica de América Latina* (México, Fondo de Cultura Económica, 1962), por lo que desde entonces lo reconocía como uno de los economistas mexicanos más prestigiosos. Posteriormente, en 1967, entré a estudiar la maestría en economía en El Colegio de México y él era su presidente. Al terminarla, se me contrató como investigador por proyecto en la investigación sobre el proceso de urbanización en México. En

1974 Luis Unikel, coordinador del estudio, se encontraba de año sabático en Inglaterra y la dirección del centro decidió que Crescencio Ruiz Chiapetto y un servidor apresuráramos la culminación del estudio para presentarlo en el certamen del Premio Nacional de Economía de ese año. Esto nos exigió en el mes final laborar tesoneramente los siete días de la semana. Un domingo por la tarde se nos apareció Víctor L. Urquidi —de quien suponíamos ignoraba nuestra existencia— para preguntarnos sobre la situación del trabajo y si cumpliríamos la fecha de entrega al jurado. Felizmente esto se logró y el manuscrito obtuvo el primer lugar. En el prólogo de su versión como libro, en 1976, se señala: “Agradecemos también a Víctor L. Urquidi, que tuvo la paciencia de leer todo el manuscrito, sus comentarios y sugerencias”. Quede esta evocación para evidenciar nuevamente su atenta y comprometida participación con el trabajo sustantivo del cuerpo de académicos a quienes dirigía durante su gestión.

Como corolario de la aparición del libro, el CEED abrió en 1976 la maestría en desarrollo urbano, lo que fortaleció además la investigación sobre el sistema de ciudades del país, con lo cual se respondía a una necesidad de investigación y formación de recursos en esta dimensión insoslayable de la realidad de México. Con esto, El Colegio se ubicó a la vanguardia de las instituciones nacionales y latinoamericanas especializadas en cuestiones urbanas.

Nuevamente fue Víctor L. Urquidi quien, desde los años setenta, señaló la relevancia de estudiar el problema ambiental de México en El Colegio. Participó en la Cumbre de Estocolmo de 1972 e identificó nítidamente que el medio ambiente se debe vincular con la estructura demográfica, económica y urbana, siendo necesario estudiar las causas y consecuencias del deterioro ambiental en el contexto de las ciudades y regiones del país. En congruencia con este planteamiento, inició el Progra-

ma de Medio Ambiente, en el que se realizaron investigaciones rigurosas en ese ámbito del conocimiento. Esta iniciativa se continúa con el actual Programa de Estudios Avanzados en Desarrollo Sustentable y Medio Ambiente, que comenzó en 1993.

FORJADOR DE INSTITUCIONES

La promoción de instituciones y temáticas de investigación no se limitó a sus grandes logros en El Colegio de México durante su presidencia, ya que después de 1985 ha impulsado el surgimiento de varios centros académicos. Uno de los ejemplos más recientes que presencié, y que se agrega como un tercer recuerdo que es pertinente compartir con ustedes en esta ocasión, fue en 1999 cuando coincidimos como depositarios de una cátedra patrimonial de excelencia del Conacyt. Nuestro compromiso era apoyar la formación de investigadores y estudiantes de posgrado en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias sobre el Desarrollo Regional (CIISDER-UAT), actualmente El Colegio de Tlaxcala. En una larga reunión que tuvimos con los maestros y alumnos de la maestría, en la que cada uno exponía su proyecto de investigación o de tesis y nosotros externábamos nuestras recomendaciones, me asombró su interés al escucharlos y la paciencia para hacerles sugerencias. Adicionalmente, donó al CIISDER su pago anual que el Conacyt le entregaba por tal función, iniciando un fondo financiero de apoyo a los estudiantes con mayor apremio económico. Quizá este rasgo de solidaridad humana sea una característica poco conocida del diamantino carácter de Víctor L. Urquidi (¡duro y brillante!), dada su discreción, pero que lo enaltece como ser humano comprometido con su colectividad.

Como testimonio a esta labor vocacional, en 2002 se presentó el libro, *Desarrollo regional y política ambiental. Ensayos en ho-*

menaje al maestro Víctor L. Urquidi, en El Colegio de Tlaxcala, para conmemorar el primer año de vida de dicha institución y en reconocimiento a uno de sus principales impulsores. El hecho, por sencillo que parezca, atestigua el reconocimiento generalizado a la larga, fecunda y ejemplar vida intelectual de Víctor L. Urquidi, quien siempre ha dedicado parte de su tiempo a promover la creación y el desarrollo de instituciones de investigación en muchos rincones del territorio nacional.

Para las nuevas generaciones de investigadores en México, Víctor L. Urquidi es un paradigma a seguir por su inteligencia, constancia, espíritu de trabajo y consagración tanto a la gestión académica como a la producción de conocimiento.

Me uno entusiasmado al sincero homenaje y manifestación de gratitud que toda la comunidad de El Colegio de México le expresa a Víctor L. Urquidi en esta emotiva y memorable ocasión.

DON VÍCTOR URQUIDI
Y EL PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO
DE ESTUDIOS DE LA MUJER

Elena Urrutia

545 620376

Al igual que en 1999, con motivo de la celebración de los 55 años de labor académica de don Víctor Urquidi en la institución, he sido invitada ahora por la Asociación de Académicos Daniel Cosío Villegas y su presidente José Romero para hablarles de la deuda que el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer tiene con don Víctor Urquidi: para ellos mi agradecimiento. Me apresuro a decir, como entonces, que me conmueve y abruma el hecho de que don Víctor me haya señalado para participar en aquel homenaje. Y no sólo por mí sino, sobre todo, por lo que ha significado para el avance de los estudios de la mujer y las relaciones de género.

Y no es para menos, porque al cabo de veintidós años de haber tenido la visión de impulsar un programa sobre un campo de estudios casi inexplorado en nuestro país en aquella época, el proyecto que decisivamente contribuyó a crear ha rendido una consistente aportación a los estudios de la mujer y las relaciones de género, y a la legitimación de los mismos, en México y en la región.

No obstante que el tema de la mujer empezó a circular en México desde los primeros años de la década de los setenta, impulsado por los grupos feministas y convalidado por Naciones Unidas con la celebración del Año de la Mujer y la Conferencia Internacional de la Mujer, en 1975 en la Ciudad de México, el tema no había entrado con legitimidad al espacio académico. Algunos pálidos brotes y acciones casi furtivas aquí y allá, algún estudio, cierta investigación, aquella cátedra que, para no

despertar suspicacias, se impartió bajo el título de “Sociología de las minorías”...

Es importante destacar que a la sombra de El Colegio de México, Lourdes Arizpe, entonces profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos, junto con otras investigadoras, feministas, intelectuales y artistas, organizó en 1977 un Primer Simposio Mexicano-Centroamericano de Investigación sobre la Mujer en las instalaciones del CIESS (Centro Internacional de Estudios de Seguridad Social, en San Jerónimo). Era todavía muy pronto para haber pretendido llevarlo a cabo en un *sancta sanctorum* académico. Pocos años después fue en un recinto universitario de la UNAM, aunque extra muros en 1981, donde organizamos Margo Glantz y yo, en el antiguo Palacio de la Inquisición, un Congreso Interamericano de Escritoras: en suma, pocas y esporádicas acciones que contribuyeran a los estudios de la mujer.

En medio de ese virtual páramo institucional —porque individualmente había varias académicas comprometidas con este vasto campo del conocimiento que empezaba a vislumbrarse—, el pequeño grupo de profesoras-investigadoras que trabajaban desde hacía algún tiempo sobre el tema o bien que estaban convencidas de su pertinencia, en los finales de la década de los setenta y principios de los ochenta, encontró en don Víctor Urquidi no sólo una buena acogida sino, además, aliento y estímulo. Se trataba de crear en El Colegio de México un espacio en el que la investigación, la docencia y la difusión sobre las mujeres fueran el objetivo central y exclusivo. El entonces presidente sabía que éste era un tema prioritario en un acercamiento multidisciplinario e interdisciplinario. Una vez más, don Víctor era congruente con su visión renovadora que contribuyó a que El Colegio pasara, según palabras de don Luis González, “sin sentirlo y sin aspavientos, del saber por el saber al conocimiento útil, pragmático, alimentador de ingenierías económicas, políticas y culturales”.

Hace algún tiempo, con el propósito de reconstruir la historia de la creación del PIEM, entrevisté a don Víctor. En aquella ocasión me dijo: “Yo me atrevería a decir que la influencia principal que ayudó a investigadores de El Colegio a interesarse en un programa para la mujer venía del exterior. No había en México un interés académico serio; sí había, en cambio, un interés de información, de divulgación de las ideas feministas. Creo que muchos datos de los censos de población señalaban el mayor nivel educativo en la mujer, cómo éste iba creciendo; destacaban también la mayor participación de la mujer en el trabajo; relacionaban en los años sesenta el nivel educativo de la mujer con el tamaño de la familia, y pudo haber despertado algún interés sobre qué tipo de conclusiones se pueden hacer sobre el papel de la mujer en la sociedad y en la economía. Se recogían aquí en El Colegio esas ideas y se empezó a pensar, ¿por qué no hacer algunos seminarios o estudios sobre la mujer en un plan serio?”.

No creo que haya habido jamás en El Colegio una mayor resistencia que la que sufrió la sola idea de la creación de un espacio dedicado a los estudios de la mujer. “Los prejuicios que ha habido con los estudios de la mujer son de orden psicológico”, señaló, y me contó que al presentar el proyecto ante su junta de directores, no tuvo más que un rotundo rechazo. Se argumentaba que no había necesidad de establecer nada que enfocara a la mujer en exclusividad, puesto que ésta estaba incluida en los estudios sobre la población en general: lo mismo en demografía que en economía, en historia que en literatura o lingüística, en sociología o en psicología que en antropología; se cuestionó el carácter interdisciplinario del proyecto; se afirmó que los estudios de la mujer no era una disciplina sino una causa...

“Una de las dificultades con las que tropezaba un programa de este tipo era que no se podía ubicar en ningún centro de El

Colegio, y eso pasó con otros temas que se empezaban a abordar como el del medio ambiente y el de energía; en cierta medida el Programa de Ciencia y Tecnología para el Desarrollo [...]. La idea de la interdisciplinariedad en México todavía no está muy clara; se habla de eso, los sociólogos hablan mucho, pero no se practica. Y en El Colegio había centros que no se vinculaban los unos con los otros, costaba un enorme trabajo la combinación académica. Todos los centros querían tener sus propias funciones sin tener ningún vínculo con otros centros. Creo que estábamos transitando, pero todavía no con mucho éxito —estoy hablando de fines de los setenta—, a una versión más moderna, más flexible de lo que debe ser un centro universitario o académico como el nuestro [...]. Era un proyecto enteramente novedoso; lo que queríamos aquí era algo distinto basado en el conocimiento del problema: poder definirlo, relacionarlo con las diferentes disciplinas y formar recursos humanos sin los cuales no puede haber nada de importancia”.

Con tenacidad y paciencia Flora Botton y Lourdes Arizpe, las principales promotoras del proyecto, junto con el pequeño grupo que compartía su interés e inquietud —entre otros, Orlandina de Oliveira, Viviane Brachet, Rodolfo Stavenhagen y Francisco Giner de los Ríos, integrantes más tarde del consejo consultivo del PIEM—, en una lenta labor de cabildeo entre sus colegas lograron que, al volver don Víctor un año después a poner a discusión la creación del todavía no bien definido espacio dedicado a las mujeres, hubiera una aceptación, si no unánime, por lo menos generalizada. “Ya no había disculpas para no darle el estatus dentro del mundo académico de El Colegio, es decir, no era algo puramente informativo sino que se trataba de investigación, información, comunicación con otros centros y programas de El Colegio y con otras instituciones. El PIEM lleva la palabra interdisciplinario desde su nacimiento, y no podría ser de otra manera”.

En la entrevista en la que don Víctor me invitó formalmente a incorporarme a El Colegio para echar a andar lo que sería el PIEM, en medio de la plática amable que suele tenerse en tales ocasiones, hablamos entre otras cosas de la excepcionalidad de algunas mujeres. Yo traje a colación a Mary Bingham de Urquidi —madre de don Víctor— y su libro que había yo leído algún tiempo atrás, *Misericordia en Madrid*, en el que relató sus experiencias como enfermera durante la guerra civil española. Hablamos también de algunas de las académicas del propio Colegio, particularmente de las promotoras del proyecto. Con ánimo risueño y bromista me preguntó si viendo a esas mujeres sobresalientes juzgaba yo necesaria la creación de un programa que estudiara la condición de las mujeres. Mi ingenuidad, que no entendió la broma, me llevó a hablarle de los pocos árboles que ocultan el bosque poblado de mujeres que requerían —y requieren— una transformación en sus condiciones de vida que busque establecer la justicia y la equidad.

Por fin, el 15 de marzo de 1983, luego de haber realizado un seminario en Oaxtepec titulado “Perspectivas y prioridades de los estudios de la mujer en México”, cuyo objetivo fue la revisión de investigaciones que se habían realizado en años recientes en nuestro país sobre la problemática de la mujer, para poder establecer prioridades y sugerencias en la profundización de futuros trabajos dándoles fundamento, comenzó sus actividades el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer en El Colegio de México.

Ya lo he comentado en otras ocasiones: como dicen que todo recién nacido llega a este mundo con una torta bajo el brazo, la torta que traía el PIEM al nacer fue un primer donativo de la Fundación Ford. También he contado una escena que tuvo lugar el primer día de la puesta en marcha del PIEM: Rafael Segovia sentado frente a mí, ante la desnuda mesa de mi cubícu-

lo, mirándome incrédulo y perplejo: “¿Qué demonios es eso de los estudios de la mujer?”.

Cito de nuevo a don Luis González en el recuento que hizo al ser nombrado profesor emérito: “Los programas llamados CEAA, CEDDU, CEE, CEH, CEI, CELL, CES, DEM, PFT, PIEM, Procientec y otros colectivos, además de los individuales, se ejecutan conforme a planes modernos y eficientes. Ahora sí cabe decir: por las rutas que sigue El Colegio de México se ha colocado a la vanguardia de la investigación y la docencia”.

Con sus investigaciones, con su programa docente —tenemos un posgrado que se ha convertido en maestría, un curso de verano que se realiza ininterrumpidamente desde hace quince años, diplomados y cursos impartidos en otras instituciones de esta ciudad y de provincia, tanto en espacios universitarios como gubernamentales—, con sus publicaciones y su difusión, con la asesoría a instancias gubernamentales, con todo ello, los estudios de la mujer y las relaciones de género en El Colegio de México se han convertido en los pioneros en el país y en la región, contribuyendo a su profundización y a su legitimación. Por ello, nuestro profundo reconocimiento a don Víctor Urquidi quien, gracias a su visión, hizo posible su establecimiento en esta institución. Termino con unas palabras suyas: “Me da mucho gusto que el proyecto haya salido y que sea ejemplo para otras instituciones”.

DON VÍCTOR URQUIDI

José Luis Reyna

545 520377

Mi intención no es hablar de mí en el reconocimiento a otra persona. Sin embargo, hay un hecho incuestionable: mi vida se entreteje íntimamente con la de El Colegio y si hablo de El Colegio es inevitable la referencia al señor Urquidi: razones sobran. El primer contacto que tuve con él fue a fines de 1965. Estudiaba la maestría en FLACSO-Chile y, por esa época, recibí un telegrama en el que me invitaba a integrarme al Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED). La primera promoción de demógrafos y economistas de esta institución estaba por concluir sus estudios y la visión de don Víctor, tal como la entiendo, era que la demografía y la economía se relacionaran con la sociología. La misma postura, por cierto, era sostenida, en ese entonces, por José Medina Echavarría, plasmada cabalmente en su libro *Las consideraciones sociológicas del desarrollo económico* e instrumentada como política de trabajo en el ILPES, con gran éxito. No fui el primer sociólogo que ingresó al CEED; por razones diversas no lo haría hasta 1967. Pese a ello, la oferta de trabajo me fue generosamente mantenida. Cuando llegué encontré a Rodolfo Stavenhagen (quién había sido ya mi maestro en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM), a Ricardo Cinta y a Claudio Stern, egresados de esta escuela como yo.

Con el tiempo se irían incorporando otros colegas como Manuel Villa, Orlandina de Oliveira y Lourdes Arizpe. El CEED era un semillero de ideas cuyo promotor, sin duda, era el señor

Urquidi. Así, Luis Unikel, Raúl Benítez, Gustavo Cabrera, Pedro Uribe, Emilio Múgica, Ariel Buirá, José Morelos, Adalberto García Rocha, Raúl de la Peña y muchos otros teníamos la obligación de presentar periódicamente nuestros avances de investigación. La discusión era fuerte; el aprendizaje, mayúsculo. Sin quererlo o no, muchos de nosotros crecimos profesionalmente sobre la base del enfoque multidisciplinario, rasgo que asimilamos de don Víctor o lo aprendimos de él: las áreas de conocimiento abarcaban la demografía, el desarrollo económico, el desarrollo urbano, la fuerza de trabajo, las ciudades pequeñas y medianas, la estratificación social, los empresarios. El grupo que conformaba el CEED compartía los hallazgos de unos y otros, los aceptaba, los discutía, los ponía en duda, pero de nueva cuenta estaba sembrada la semilla del conocimiento y el aprendizaje. Era un centro, el CEED, lleno de ideas, de proyectos, de hipótesis y, sobre todo, del afán de aprender, de sobresalir.

Fue tan importante el crecimiento intelectual del CEED que, por ello, se inició un proceso de diversificación. En esta perspectiva se inscribe el nacimiento del CES, en 1973. El señor Urquidi tuvo la visión de otorgarle su “autonomía”, por decirlo de alguna forma, a la disciplina dentro del marco institucional de El Colegio. Hace poco, en una entrevista que nos concedió a un grupo del CES (Stavenhagen, Stern, Verduzco y yo, con motivo del trigésimo aniversario del centro) que por fortuna se realizó en varias comidas, sin faltar el vino y el tequila, nos mencionaba la importancia del quehacer sociológico en la generación del conocimiento y evocó aquel centro pionero de El Colegio, el Centro de Estudios Sociales que fuera dirigido en su corta existencia, allá por la mitad de los años cuarenta, por Medina Echavarría. Al hablar de eso, el señor Urquidi no era, como no lo es, sólo un economista; era, y es, más que eso: un demógrafo, un sociólogo, un internacionalista, un politólogo, un

urbanista: un personaje con una excepcional visión integral y multidisciplinaria de la realidad.

Por cierto, el CES definió el primer programa de doctorado en ciencias sociales, con especialidad en sociología, que se estableció en México. En una palabra, la visión institucional del señor Urquidi corría, como hasta hoy día, de acuerdo con las exigencias del momento. Ésa es una de sus virtudes de la que todos debemos aprender de él: ir con los tiempos.

Unos más que otros padecemos el rigor disciplinario de su carácter. Otros, sin duda, lo padecieron más que yo. Producir era la consigna y producir, además, bien. Había dos formas de hacer las cosas: bien o mal. Todos teníamos la convicción de que él las hacía bien. La exigencia, como nuestro jefe, era fuerte pero las oportunidades que la institución brindaba lo eran también. De nueva cuenta yo fui beneficiado de su concepción integral de El Colegio, pues cuando le comuniqué, no sin temor, ya que era un recién llegado, que tenía la intención de seguir, en 1968, un doctorado en Estados Unidos, su respuesta fue la siguiente: “El Colegio le dará un complemento de beca para realizar esos estudios”.

A las exigencias de enseñar e investigar se tenían que añadir las diferentes tareas cuyo cumplimiento demandaba una institución de excelencia, como El Colegio. Yo, en lo particular, fui asesor de una misión de Naciones Unidas. Participé en la primera versión de los libros de texto gratuito que el gobierno federal lanzó a principios de los setenta. Obtuve la confianza del señor Urquidi y fui nombrado director del CES en 1977 y después, por circunstancias diversas, me envió, previo acuerdo con el secretario de Educación Pública de la época, como director de FLACSO-México por un periodo de ocho años. Pensé que me mandaba al exilio. Pero no; mantuve mi adscripción a El Colegio como profesor de un cuarto de tiempo, muestra de su siempre enorme generosidad.

Señor Urquidi: aprovecho esta oportunidad para reconocer en usted a un hombre de profunda sabiduría, de terca y obstinada disciplina y de enorme bonhomía. Sin usted difícilmente estaríamos donde estamos, y por usted tenemos el aliento para seguir, hasta donde podamos, en este difícil, complejo y fascinante mundo de la academia. Me siento un privilegiado al participar en este merecido reconocimiento a su trayectoria de vida. Reciba usted de mí el más profundo de los agradecimientos, institucionales y personales.

PALABRAS DE RECONOCIMIENTO
A DON VÍCTOR URQUIDI

Claudio Stern

545 620378

Varios de mis colegas han abundado en múltiples facetas de don Víctor que más que justifican este acto de reconocimiento. Yo quiero recordar algunos incidentes —anécdotas quizá— que me han marcado durante la ya larga relación que he mantenido con él y cuyo relato espero contribuya a resaltar algunas de las cualidades que su presencia entre nosotros ha tenido para esta querida institución.

Otoño de 1965. Don Víctor, como director de Investigaciones Económicas del Centro de Estudios Económicos y Demográficos (CEED); yo, como ayudante de investigación de Rodolfo Stavenhagen, instalado en un cuarto de azotea del edificio de la calle de Zacatecas acondicionado como oficina, escribiendo mi tesis de licenciatura sobre las regiones de México, como subproducto de una investigación sobre la burguesía rural dirigida por Rodolfo. Don Víctor, como lo hacía de vez en cuando, llegaba a leer por encima de mi hombro lo que yo escribía a máquina, haciéndome indicaciones, incluso ortográficas y de redacción, con las que no siempre estuve de acuerdo, pero que siempre agradecí. Moraleja: alguien que siempre estaba pendiente de lo que hacían quienes estábamos bajo su autoridad.

1968. El movimiento estudiantil. La participación decidida de los profesores y estudiantes de El Colegio, constituidos en asamblea permanente, en contra de las medidas intimidatorias y represivas de las autoridades del país y de la mano negra que instrumentó el ataque armado a varias instituciones, entre ellas El Colegio. Las autoridades de El Colegio, encabezadas por don

Víctor como presidente de la institución, se suman a los desplegados, interceden por los estudiantes de El Colegio que habían sido apresados. La institución participa con una sola voz —quizá compuesta por distintas tonalidades— en uno de los movimientos sociales más importantes de los últimos cincuenta años.

Inicio de los años setenta. Un buen día llego a El Colegio como a las 9:30 de la mañana. ¡Oh, sorpresa!: el presidente de El Colegio está a la entrada “recibiendo” de mano a cada uno de los investigadores. Con toda seguridad, sintió que la disciplina se había relajado y encontró una manera de hacérselo notar “sutilmente”. Al día siguiente y muchísimos otros llegué temprano a trabajar, al igual que muchos de mis colegas.

1980. Hasta donde lo puedo apreciar, el año más complejo para la institución de los que llevo aquí. Una huelga paralizó a El Colegio; según creo, la primera. Los profesores, divididos: que si sindicato de profesores o asociación, que si apoyo a las medidas que impulsaban las autoridades, encabezadas por el presidente, o apoyo al sindicato existente. Asambleas, reuniones de distintos tintes en casas de profesores. Don Víctor *dixit* (cito de memoria): “Está en juego la supervivencia de la institución”. Nunca he dudado más en firmar un documento (el que pedía apoyo a las decisiones de las autoridades). Lo tuve frente a mí, durante lo que viví como minutos interminables, dudando si firmarlo o no: mis principios sociales y democráticos frente a medidas que me parecían autoritarias. Tuve ante mis ojos la imagen de la posible desaparición de El Colegio. Firmé. Si estaba o no en peligro la supervivencia de El Colegio, si hicimos bien o mal quienes a última hora apoyamos a don Víctor como máxima autoridad de la institución, pueden juzgarlo otros. En esta y muchas otras circunstancias, don Víctor ejerció la autoridad que le confería su puesto. Hasta donde puedo juzgarlo, lo hizo en forma abierta y decidida. Al-

gunos juzgarán que lo hizo con mano dura, otros que lo hizo con la determinación necesaria. De lo que no hay duda alguna es que el presidente de El Colegio ejercía su autoridad.

Agrego una contribución orquestada por don Víctor que no ha sido mencionada por mis colegas, para contar otra anécdota. Corrían también los primeros años de los setenta. Don Víctor, nutrido entre otras evidencias por las proyecciones de población elaboradas poco antes por Raúl Benítez y por nuestro querido colega y amigo Gustavo Cabrera (en las que estimaban una población de 130 millones para el año 2000), estaba convencido de que había que instrumentar una política de población. La discusión al respecto en el CEED era muy nutrida. Algunos de nosotros, “de izquierda”, sosteníamos la tesis de que el mejor anticonceptivo era el desarrollo. Don Víctor, con la claridad y determinación que lo caracterizan, sostenía que incluso si así fuera, tomaría demasiado tiempo, además de lo incierto de que gozaríamos de un desarrollo sostenido. Había que desacelerar la tasa de crecimiento de la población. El país no podría absorber adecuadamente tal cantidad de habitantes. Años después quedé convencido de lo acertado de la posición de don Víctor. Creo que hay que reconocerle gran parte del mérito de que se haya instrumentado en nuestro país una decidida política de población.

1981. Estoy de vacaciones en París en casa de amigos. Inesperadamente, una llamada de don Víctor. La conversación fue más o menos así: “Claudio, quiero pedirle un favor”. “Usted dígame, don Víctor”. “Le pido que acepte dirigir interinamente el Centro de Estudios Sociológicos; surgió un contratiempo en el proceso de designación del sustituto del profesor Reyna, quien ha aceptado dirigir la sede de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en México, y quiero preguntarle si está dispuesto a aceptar este nombramiento”. Me tomó por sorpresa, dudé, le pedí que me diera 24 horas para pensarlo.

Acepté, pensando en la lealtad que le debía a don Víctor, a El Colegio y a mi centro. Como director y como miembro del consejo de directores participé directamente durante más de siete años en múltiples negociaciones con don Víctor. No olvido mi frustración y su evidente incomodidad frente a mis reiteradas solicitudes de mayor apertura de algunos procesos administrativos. Debo manifestar que en más de una ocasión sentí que mi opinión no recibía la atención que yo pensaba que merecía, pero tengo que reconocer también que, a pesar de los desacuerdos que muchas veces hemos tenido, don Víctor siempre ha correspondido con una actitud de respeto, si no quizá a algunas de mis ideas, sí a mi persona.

He tenido el privilegio de participar en algunos cambios que ha vivido El Colegio y me ha tocado presenciar muchos otros. Entre el final de los años sesenta y principios de los ochenta confluyeron diversos elementos que propiciaron un crecimiento inusitado de la institución. Bajo la presidencia de don Víctor, y en muchos casos gracias a su visión, iniciativa, perseverancia y capacidad de gestión, fueron creados y promovidos diversos centros y programas pioneros. Mis colegas se han referido a casi todos ellos, por lo que no los mencionaré. En ese contexto de efervescencia, uno se sentía parte de un proyecto académico multidisciplinario de vanguardia. Había seminarios periódicos de profesores de diversos centros y programas para discutir cuestiones de interés nacional. La presencia pública de la institución era notable, y la de su presidente, ubicua.

Quiero agregar a los centros y programas creados o incentivados por don Víctor dos entidades externas a El Colegio, pero de diversas maneras vinculados con éste: el Centro Tepoztlán y la Sección Mexicana del Club de Roma, en los cuales he tenido el privilegio de participar. Constituyen dos foros de discusión que rebasan el ámbito académico y que amplían y enriquecen los escasos espacios existentes en el país para la li-

bre discusión de cuestiones nacionales e internacionales de interés general.

Después de finalizar su gestión, en septiembre de 1985, don Víctor tuvo y ha mantenido siempre, cuando menos hasta donde puedo apreciarlo, una actitud de discreción absoluta y de respeto hacia quienes lo han sucedido en la presidencia y en otras esferas de autoridad de la institución. Recuerdo que coincidimos hace ya algunos años en el elevador de El Colegio, como sucede en muchas ocasiones, y le pregunté cómo le hacía para mantenerse tan vigoroso y activo. Me contestó simplemente: “Trabajando”. A sus ochenta y cinco años, y a pesar de las vicisitudes que le ha traído la vida en los últimos tiempos, sigo viendo a don Víctor en su oficina prácticamente todos los días. De vez en cuando me envía alguno de sus trabajos para compartirlos conmigo.

Quizá usted no lo sepa, don Víctor, pero las lecciones aprendidas a partir de su ejemplo durante nuestra ya larga relación, han sido muchas e indelebles. Gracias por lo que ha significado para mí y para nuestra institución.

MI TRABAJO DIARIO
CON EL SEÑOR URQUIDI

Graciela Salazar

545 620380

Hablaré brevemente de mi trabajo diario con el señor Urquidi cuando estuvo al frente de la institución. Fue una labor continua y con la presión de distintos ritmos, múltiples asuntos, diversas exigencias. Eso no cambió cuando dejó de ser presidente.

Por sus constantes viajes fuera del país, un día, alguien, allá en el edificio de Guanajuato 125, me dijo que cuando él estuviera en México yo debería andar vestida de sobrecargo para que no extrañara los aviones. Es cierto que viajaba con frecuencia pero, ¿para qué? Lo hacía en busca de recursos para la institución e iba donde fuera necesario o donde hubiere alguna posibilidad. Por cierto que en esa búsqueda insistente, en una sola ocasión le fue negado el apoyo, según me comentó.

Una vez conseguido el financiamiento, el señor Urquidi ya sabía hacia dónde encauzaría el proyecto o proyectos en mente, de modo que éstos llegaran a buen término y alcanzaran sus metas... las ideas debían hacerse realidad. Tal era su visión del presente y el futuro de la institución. Siempre logró que los equipos de trabajo llegaran a los resultados esperados. No fueron pocos los proyectos innovadores que me tocó presenciar, ni iban éstos dirigidos a una sola disciplina de El Colegio.

Cito dos ejemplos: en el Centro de Estudios de Asia y África acompañó todas las etapas de su crecimiento y, dadas las características de proyecto internacional, fue muy cuidadoso al construir las relaciones académicas pertinentes. En esos países de Asia y África, tan lejanos entonces, supo encontrar los len-

guajes para acercar a esta parte del mundo instituciones, intelectuales y documentos para así construir un diálogo con América Latina, diálogo que continúa en movimiento.

En el Programa de Formación de Traductores convocó a las principales editoriales del país, con el fin de recabar opiniones, y fondos, para formar traductores profesionales. Al principio participaron traductores de oficio y se puso gran cuidado en seleccionar un profesorado de alto nivel. Cabe decir que este año el programa cumple treinta años de actividad.

Es bien sabido que don Víctor es una persona perfeccionista y poco tolerante con los errores. Así, después de los regañones de cajón por equivocaciones mías, aparece la mano comprensiva. En los momentos difíciles de mi vida personal, esa mano se ha tornado amiga, solidaria y siempre afectuosa. Me complace decir que me siento muy afortunada de seguir viviendo la experiencia cotidiana de trabajar con él.



3 9 0 5 0 7 8 3 5 2 2 7



HOMENAJE A VÍCTOR L. URQUIDI
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN AGOSTO DE 2004
EN SOLAR, SERVICIOS EDITORIALES, S.A. DE C.V.,
CALLE 2, NÚM. 21, 03800 MÉXICO, D.F.
TIPOGRAFÍA Y FORMACIÓN: SOCORRO GUTIÉRREZ,
EN REDACTA, S.A. DE C.V.
CUIDÓ LA EDICIÓN EUGENIA HUERTA.

ASOCIACIÓN DE ACADÉMICOS DANIEL COSÍO VILLEGAS